

UNO

—Lamento decirle que en el mejor de los casos le quedan seis meses de vida.

Eso es lo que acaba de decirme el médico, mirándome imperturbable, como si yo fuera una rata o un ratón.

—No hay nada que podamos hacer.

Eso es lo que ha añadido, mirándome con disimulada repugnancia, como si yo fuera una araña o un alacrán.

—La enfermedad está muy avanzada y ya no es posible operarlo.

Eso es lo que ha sentenciado el hijo de puta, mirándome con alivio, tal vez incluso con alegría, exonerándose de la responsabilidad de curarme, anunciando mi muerte inminente como si la hubiera deseado toda su vida, como si yo fuera esa cucaracha que no alcanzó a pisar una noche en la cocina y se le escapó, sigilosa.

Bien, voy a morir. No podemos decir que se trate de una primicia. Lo sabía desde niño. Solo que ahora sé que voy a morir en pocos meses, si puedo confiar en la palabra de este médico pusilánime, y todos me han dicho que debo confiar.

No me sorprende ni me indigna ni me entristece que el médico me mire como si yo fuera una rata o

un ratón o una araña o un alacrán o la cucaracha que no pudo pisar esa noche en la cocina. No me sorprende porque siempre he creído que los médicos en general, salvo algunas excepciones que no conozco, son unos cabrones hijos de mil putas que solo quieren esquilmarnos y luego vernos morir cuando ya no nos queda un céntimo más.

Lo que el médico no sabe es que me ha dado una buena noticia.

Hace ya tiempo que me aburrí de ser yo mismo y que deseo descansar de esa condena abrumadora. Estoy cansando de llamarme como me llamo, de llevar la cara que llevo, de repetir las tediosas ceremonias domésticas que, sumadas, configuran los días, confirman el paso del tiempo y me recuerdan que todavía estoy vivo, pero no por mucho tiempo más.

Me llamo Javier Garcés y por supuesto yo no elegí llamarme así, lo eligieron mis padres (que por suerte ya no están vivos, y a los que preferiría no ver si hay una vida después de esta vida), y soy una rata, un ratón, una araña, un alacrán y una cucaracha, y por supuesto yo sí elegí ser todo eso, un sujeto miserable, rastrero, abyecto, vil, una bola de caca.

Por eso no me ha sorprendido que el médico de la clínica Americana me mirase como si fuera lo que en verdad soy y por eso no me ha apenado enterarme de que el mal bicho que soy (y que elegí ser) tiene los días contados. Todos tenemos los días contados, pero los míos están más contados, los míos son ciento ochenta días en el mejor de los casos, y ya sabemos que el mejor de los casos no es mi caso.

Digamos entonces que soy un gran hijo de puta y que me quedan cien días o poco más para seguir disfrutando de ser un gran hijo de puta.

No se nace hijo de puta, se elige serlo, o yo al menos elegí serlo. Pude ser una buena persona, pero me parecía aburrido, previsible, patético. Siempre asocié el humor con la maldad y, como quise divertirme, me fui educando y refinando en la maldad, el rencor, la venganza y el cinismo como formas de hacer la vida más llevadera y, si acaso, entretenida.

He tenido éxito, o el éxito que he procurado obstinadamente alcanzar, o el éxito que merezco y que otros intentaron escamotearme. El éxito, en mi caso, no podría atribuirse al azar, a la buena fortuna. El éxito me lo he forjado fría y calculadamente, se lo he arrebatado a los miserables que pugnaban por negármelo, y lo he conseguido gracias a que soy terco pero, sobre todo, a que soy un gran hijo de puta.

No podría tener todo lo que tengo, que es más de lo que imaginé que alguna vez tendría y que es menos de lo que merezco, si no fuera porque he sido cruel, despiadado, implacable en la defensa de mis intereses y en el combate contra mis enemigos.

Curiosamente, ahora que sé que voy a morir, ahora que sé que me quedan cien días o poco más y que nadie llorará mi muerte y que unos cuantos de mis más pertinaces enemigos se alegrarán con la noticia de que, sin merecerlo, me han sobrevivido y de ese modo han obtenido una última y despreciable victoria sobre mí, ahora que sé todo esto y que miro atrás y pienso en lo que debo hacer con mi vida para encontrar la manera más digna de morir, una idea asalta mi mente y adquiere los contornos de una obsesión: me importa un carajo ser un hombre de éxito, nada de lo que he conseguido tiene valor ni perdurará, lo único que me interesa en adelante es vengarme de mis enemigos.

Tengo un número impreciso y ciertamente abultado de enemigos, pero enemigos de verdad son los que

uno recuerda cuando le dicen que va a morir pronto y se niega a dejarlos vivos.

Esto es lo que acabo de descubrir saliendo esta tarde del consultorio del médico hijo de puta que me miró como si fuera una rata o una cucaracha, sin saber que en efecto lo soy, como probablemente lo es él también. Acabo de descubrir quiénes son exactamente mis enemigos, cuántos son exactamente mis enemigos. Acabo de descubrir que mi muerte solo será digna y dará coherencia a mi vida si, una vez identificados esos enemigos, a los que odio con justificada razón y cuyos rostros babosos se me aparecen ahora, encuentro en mí el frío coraje, la sed de venganza y la astucia para acometer la empresa más bella y admirable de cuantas me he propuesto en la vida: matar a esos cinco hijos de puta.

Bien, he de morir, he de morir pronto. Pero no moriré como una buena persona porque nunca lo he sido y no sabría simularlo en esta última parte de la carrera. Moriré como lo que soy, como una rata, como un alacrán, como una tarántula, como una cucaracha. Moriré concediéndome la dicha más acabada que puedo imaginar: matar a esos cinco hijos de puta que hicieron todo lo posible por joderme la vida y que no merecen seguir viviendo cuando yo ya no esté. No puedo evitar mi muerte, pero puedo evitar que ellos asistan a mi muerte; puedo evitar que ellos sonrían, pérfidos, mediocres, canallas, cuando se enteren de que he muerto. No sonreirán porque estarán muertos. Yo me ocuparé de que esos cinco hijos de puta mueran antes de que me toque morir. Seré yo quien sonría al verlos morir y no ellos quienes lo hagan desayunándose con la noticia de mi desaparición definitiva.

Veámoslo, entonces, con moderado optimismo: el médico me ha dado la mala noticia de que me quedan

seis meses de vida o menos, pero al mismo tiempo, y sin quererlo, me ha permitido descubrir una noticia espléndida y alentadora: que estos serán los mejores seis meses de mi vida porque me dedicaré por entero a matar a esos cinco hijos de puta que hicieron todo lo posible para verme fracasar y que no lo consiguieron pero que no por eso merecen mi indulgencia o compasión. Esos cinco hijos de puta van a morir, tienen que morir. No he matado nunca a nadie (quiero decir, no he matado nunca a ninguna criatura humana), pero me ha llegado la hora de educarme en tan noble propósito y de hacer una última e inestimable contribución a la humanidad: limpiarla y purificarla de la presencia hedionda de esos cinco hijos de puta a los que mataré antes de morir.

Por primera vez en mucho tiempo siento que mi vida tiene sentido. Curiosamente, todo lo anterior (la puja feroz por el éxito, el combate contra los enemigos, las glorias fugaces, los amores perdidos) me parece ahora solo un entrenamiento para lo que me espera: medir sin testigos, ante mí mismo, las dimensiones exactas de la maldad que habita en mí y la hondura y la pureza del goce que sobreviene al ejercicio sistemático de la venganza.

Dicho de otro modo: no debería tener razones para vengarme de nadie porque nadie consiguió arrebatarme la sensación de éxito que todavía me envuelve y que los demás perciben como un hecho indudable, que soy un ganador y un gran hijo de puta, pero no teniendo razones para ejercer la venganza como mi última ambición, me sacude un ramalazo de placer parecido al éxtasis o al orgasmo cuando imagino las caras de mis enemigos, esos cinco hijos de puta, en el momento exacto de morir, que será el que yo elija.

Estos serán los mejores meses de mi vida y lo serán porque estarán animados por el afán de venganza y

porque ese afán no estará exento de astucia, prudencia y valor. Solo moriré en paz, como un gran hijo de puta, como lo que soy, si confirmo ante mí mismo que poseo la inteligencia y los cojones de matar a esos cinco mequetrefes envidiosos que ahora pagarán por todas las insidias y ruindades que tramaron contra mí. No será, entonces, un crimen injusto: esos cinco indeseables se han ganado a pulso su propia muerte. Alguien tiene que hacer el trabajo sucio. No seré yo quien le quite el cuerpo al toro. Arrojo torero nunca me ha faltado y espero que tampoco me falte cuando más lo necesite.

Mi vida nunca tuvo mayor sentido, fue solo una suma de empeños vanidosos, pero ahora, de pronto, inesperadamente, tiene más sentido que nunca, y puedo advertir con una nitidez que me enceguece que todo lo que he vivido me ha preparado para este momento, el de exterminar a mis cinco peores enemigos, el de inaugurarme en el incomprensido oficio de homicida, el de confirmar si soy capaz de ser el gran hijo de puta que toda la vida he creído ser, que me he jactado de ser. Bien, ha llegado la hora de la verdad. Si soy ese gran hijo de puta que siempre se sale con la suya y cae parado y consigue humillar a sus más sañudos y venenosos adversarios, deberé demostrarlo ahora, en estos últimos meses de vida, mantando con discreción, buen gusto y elegancia a esos cinco hijos de puta que ciertamente no merecen vivir, que ciertamente no merecen vivir cuando ya no viva yo.

Nunca tuvo más sentido mi vida que ahora que sé a quiénes debo matar. Que después me toque morir me parece un premio que no merezco.